

R O D O L F O J . M .

TATIAJE



I N C U N A B L E S

TATUAJE

R O D O L F O J . M .



INCUNABLES

Rodolfo J. M.

Tatuaje

Publicado por Centro de Cultura Digital

(julio, 2015, México)

www.centroculturadigital.mx

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.



Creative Commons License

Tatuaje by Rodolfo J.M. licencia de **Creative Commons ReconocimientoNoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional**.

© 2015 Rodolfo J.M.

© Juanjo Güitrón y Ana Laura Alba
por el diseño original

▲ CONACULTA

**Centro
de Cultura
Digital**



I N C U N A B L E S

Índice

5	00
7	01
12	02
18	03
21	04
27	05
31	06
38	07
42	08
46	Epílogo

00

Noté que estaba desnudo e inmovilizado sobre una mesa, con los brazos y piernas atados a cada esquina del mueble. Levanté la cabeza con dificultad y distinguí algunos cirios encendidos alrededor, garabatos en el piso, e incensarios humeantes. Junto a mí se movía alguien que pensé podría ser Melquíades, llevaba en las manos algo parecido a un taladro pequeño. La oscuridad en la habitación parecía tener vida propia, respiraba, era densa y se movía con palpitar lento. Recuerdo que hablé en voz alta, dije que yo sólo era un mensajero. No un policía ni un enemigo, sólo un simple mensajero.

—Exactamente —contestó Melquíades. —Eso es lo que eres.

Cerré los ojos, apreté los dientes. Sentía el pecho en carne viva, cierta electricidad se movía por mi cuerpo haciendo que se erizara el vello de mis piernas y brazos.

Lo siguiente que escuché fue el sonido de una puerta que se quebraba y la voz de varios policías. La oscuridad en el cuarto se agitó y pareció replegarse sobre sí misma. Cuando los policías consiguieron entrar y encendieron la luz sólo encontraron a un viejo sentado en una silla plegable, vestía las mismas ropas que Melquíades y nos miraba burlón.

Ahora estoy en la delegación de policía y me interrogan brevemente. Supongo que no quieren tenerme aquí más

de lo necesario. Los fisgones no somos bien vistos en ninguna parte. Veo de lejos a Perea, sentado en su escritorio. El enorme monitor hace que su cabeza luzca todavía más pequeña de lo que es. Me ignora, y hace bien. Nadie debe saber que nos conocemos. Un agente ministerial a quien no parezco agradarle me pide que firme unos cuantos papeles y me retire. Le pregunto sobre Melquiádes. ¿Lo agarraron?

—Ya hablaremos de eso después —me contesta.

En el servicio médico me revisan la herida del pecho. Se trata de un tatuaje, me explica el doctor.

—Es como un diablito —añade.

El doctor dice que no me quite las curaciones, que no debo dejar que el sol me dé directamente en la herida, y que para evitar posibles infecciones no debo consumir grasas, alcohol o irritantes. Me ofrece un blíster de pastillas y una receta para surtir en caso de dolor.

Son las tres de la mañana y no tengo un solo peso. El dinero que llevaba conmigo desapareció en la delegación sin que yo me enterase. Es una noche fría, como suelen ser las noches de octubre, y yo tengo dos opciones: caminar hasta el Tsuru, que se quedó afuera del local de Melquiádes, en Tacuba; ir caminando hasta mi despacho, en el Centro Histórico. En cualquiera de los casos me espera una caminata de más de una hora. Me decido por el despacho. Mañana volveré por el Tsuru.

01

Era un trabajo simple. Encontrar a un hombre llamado Melquíades Orozco. Debía entregarle un sobre y, en caso de que fuera necesario, volver a casa con una respuesta. Todo antes de cuarenta y ocho horas. Si lo conseguía me pagarían el doble de mi tarifa normal. No era el tipo de trabajos que suelo hacer, pero tampoco lo pensé mucho. Últimamente las cosas no han ido bien para el negocio y yo no dejo de pagar cuentas. Así que a veces lo que caiga es bueno. El cliente me contactó por correo electrónico. Decía llamarse Jabamuel, nombrecito raro donde los haya. En su mensaje decía que se había enterado de mí gracias a Fernando Magaña, mi primer cliente y el responsable de que me convirtiese en un figón profesional. Así que cualquiera que llegue a mí por recomendación suya es bien recibido. Preguntaba, el tal Jabamuel, si podía recibirlo al día siguiente, quería contratar mis servicios. Su correo terminaba con tres signos raros.

∂7ε

El hombre que se presentó al día siguiente en mi despacho, el tal Jabamuel, era un *Cara de luna*. Uno de esos gordos góticos, muy blancos y calvos, que se pintan las uñas de negro y visten del mismo color. Pero no gótico rocker, no. Gótico en el sentido Mary Shelley. Este *Cara de*

luna usaba un traje caro, con un saco que casi le llegaba a las rodillas y una pequeña arracada de oro adornando el lóbulo de su oído izquierdo. Cruzó la pierna al sentarse, dejando al descubierto calcetines de seda negra y zapatos de charol. Sus largas manos, tan en contraste con el resto del cuerpo, se movían nerviosas mientras él hablaba con voz aflautada y la cara muy seria. Me describió tres veces a Melquíades Orozco: un tipo alto y fornido, calvo y con barba de candado. Me dijo que tenía un puesto de yerbas en el mercado Sonora, pero que un día desapareció sin avisar y que era importantísimo hacerle llegar un mensaje antes de cuarenta y ocho horas.

Me entregó el sobre con el mensaje, y su tarjeta de presentación con los mismos tres símbolos raros que traía su correo electrónico. Una de esas firmas raras que acostumbra la gente dada al ocultismo, pensé.

Me entregó también cuatro mil pesos, lo correspondiente a un servicio regular de dos días. Me dijo que lo llamara en cuanto hubiera cumplido el encargo, entonces me pagaría cuatro mil más.

La mayoría de los trabajos que hago son de fotografía, a veces implican un poco de investigación, incluso suelo seguir autos con mucha frecuencia. Pero no acostumbro tener contacto con la gente a la que sigo. Sería arriesgarme demasiado. Los figones como yo no somos como los de las películas o las novelas. Trabajamos a distancia y en la sombra, no nos dejamos ver. Y aunque no está bien generalizar dudo mucho que un figón como yo llegue a tener algún tipo de entrenamiento especial o un pasado policiaco. Eso es para los detectives, que tampoco son

como los de las películas o las novelas. Al menos los que conozco. *Cara de luna* me dijo que no había nada de qué preocuparme, porque en realidad se trataba de un servicio especial de mensajería. Nada más.

No me pareció una respuesta sincera. Según el manual del perfecto figgón nadie en este negocio es sincero, pero no dije nada y me arriesgué.

Salí rumbo al mercado Sonora a los pocos minutos de que el *Cara de luna* se fuera. Me pareció que aquel era un dinero que podía ganarme rápido. Y ya lo sé, no era mucho, pero a veces no puedes darte el lujo de perder un solo peso. Monté en mi Tsuru, revisé el tanque de gasolina y arranqué. En veinte minutos, sobre Eje Central, llegué al mercado de Sonora, el mercado de los brujos. Hacía años que no me paraba por el lugar, y ni falta que hacía. No es un sitio para ir de paseo. Es un lugar con el tipo de energía que te recuerda que allí no se te ha perdido nada. No fue difícil dar con el local de Melquiádes. Incluso me pareció que el hombre era una especie de celebridad menor a quien todos conocían excepto yo. Había cerrado su negocio dos meses atrás, me dijeron. Una locataria vecina me contó que Melquiádes había abierto un nuevo negocio. La vecina llevaba el pelo pintado de violeta y las muñecas repletas de pulseras con cuentas de piedra y madera. Se presentó como especialista en amarres, brebajes de amor y lectura de cartas, por si se me interesaba. Me ofreció un volante de papel que decía: “El divino verbo. Pociones, recetas, curas, amuletos. Lo que sólo usted necesita” Incluía un domicilio y un teléfono. El mismo Melquiádes

había mandado a hacer esos volantes y había pedido a sus vecinos del mercado que los repartieran entre los clientes que llegasen a buscarlo.

No me pareció que ese gesto fuese el de alguien que se estuviera escondiendo. Si el *Cara de luna* se hubiera tomado la molestia de ir personalmente al mercado de Sonora le habrían dado el mismo volante que a mí. Pensé que era raro, pero no hice caso a mis sospechas, por el contrario, no quise perder tiempo. Entre más rápido despachara ese encargo mejor.

El escaparate de El divino verbo es un resumen de todo lo que se puede encontrar en el mercado Sonora. Incienso, lociones, estampillas y amuletos, veladoras y figuras de santos, ángeles y diablos. El tipo que atendía era calvo, alto y con barba de candado, tal como me lo había descrito *Cara de luna*. Me presenté como empleado de un servicio de mensajería privada y dije que buscaba al señor Melquíades Orozco, tenía una carta para él. Soy yo, dijo el tipo calvo. Cogió el sobre con la carta y me ofreció agua y asiento, me pidió que por favor lo esperara unos cuantos minutos, en lo que escribía la respuesta.

Me senté en un pequeño sofá de dos piezas y me bebí el agua en dos tragos, mientras pensaba que había sido todo tan natural, en ningún momento se me había ocurrido que Melquíades estuviera esperando la carta y que esa fuera la manera regular en que él y *Cara de luna* solían comunicarse. De hecho, no le dije que si quería podía escribir una respuesta... Lo siguiente que recuerdo es que estoy desnudo y atado sobre la mesa en que me encontraron los policías.

Según el reporte médico me encuentro en perfectas condiciones, la droga que me dieron, fuese del tipo que fuese, ya debe haber desaparecido de mi organismo. Salvo el tatuaje en el pecho no tengo heridas ni golpes, tampoco fui abusado sexualmente. Pero yo sé que algo pasó, algo... ojalá pudiera explicarlo.

02

Debí haberme largado a casa, pienso. Leer una novela de misterio, mirar la televisión o perderme en el Internet hasta caer dormido... Pero este despacho me cuesta casi todo lo que gano y no pienso desaprovecharlo. En mi negocio es fundamental contar con un lugar así, donde puedas recibir a tus clientes, un lugar confortable y céntrico, que comunique estabilidad, confianza, y donde puedas quedarte a dormir en caso de emergencia. No importa que lo compartas con un albañil y un plomero, como Sergio Belascoarán, el detective de Paco Ignacio Taibo II. Eso sí, ningún cliente debe saber dónde vives. Si no confía en ti será mejor que se busque otro fisgón con menos dignidad profesional.

Así que aquí estoy, al pie del cañón, sentado frente al escritorio, paseando por Internet gracias al Wi-Fi de algún vecino que no usa contraseña de seguridad. Pienso en *Cara de luna*. Podría llamarle, pero esperaré. Aún tengo más de veinticuatro horas, veamos qué tanto puedo sacarles provecho.

Suena el teléfono. Es Perea, mi contacto en la delegación de policía. Un verdadero oficinista de la vieja escuela. Uno que ha visto pasar a los gobiernos de los últimos treinta años desde su trinchera. Uno que usa tirantes, corbata de moño y enormes lentes con fondo de botella que le ocultan la mitad de su rostro de ratón calvo. Se llama Ignacio, pero

todos lo llaman Perea. Es tan delgado como un adolescente flaco, y tan astuto como un zorro mañoso. Eso es otra de las cosas que un buen fisgón debe tener, además de un despacho decente: un contacto, un agente infiltrado. Y yo tengo al mejor de todos.

—¿Tienes idea de lo que encontraron en la casa del tal Melquíades Orozco?—pregunta Perea sin siquiera saludarme—. Huesos, cráneos humanos, gallinas y cabras, velas negras. Todo un almacén de brujería allí abajo en el sótano. Según lo que he leído es un tipo de cuidado el tal Melquíades. Podría ser líder de un culto satánico o algo así.

Lo que me faltaba, pienso aterrado, un culto satánico.

—Si quieres más información —me avisa Perea— tendrás que invitarme un mezcalito en El Olimpo.

Algo más sobre Perea: es un mezcólatra. Muy devoto.

Quedamos en vernos a las siete.

Reviso el correo electrónico. Nada nuevo. El mismo spam de toda la vida y un correo sin remitente que dice:

“La realidad no existe,
el lenguaje es un virus.”

En su interior encuentro esto:

7L0ZE

Bostezo. Selecciono todos los correos y con un clic los mando a la mierda.

Son las once de la mañana y alguien llama a la puerta. No espero a nadie, y las únicas personas que vienen a bus-

carme sin avisar son cobradores, y los del mantenimiento del edificio. Abro con la esperanza de que sea alguien del mantenimiento. Tras la puerta me encuentro con una mujer en sus treinta, guapa, morena, de cabello corto, aunque vestida como una estudiante de humanidades: huaraches, pantalón de mezclilla deslavada y una blusa blanca con tejidos de colibríes y flores.

—¿El señor Rolo Martínez? —pregunta la mujer.

Ese soy yo. Pero antes de admitirlo y dejarla entrar pregunto quién lo busca.

—Mi nombre es Mariluz Córdoba —soy amiga de Elizabeth Matus.

En momentos así recuerdo la frase aquella de “no preguntes si no quieres saber la respuesta”. Elizabeth Matus. La mujer con quien viví siete años. Dejo pasar a Mariluz sin saber qué esperar de ella, pero dispuesto a saberlo todo. Le ofrezco asiento frente a mí y una taza de café que ella rechaza. Está nerviosa, lo demuestran sus manos, que se estrujan mutuamente.

—Tengo un problema —anuncia— y Elizabeth me dijo que tal vez usted...

—¿Qué tipo de problema? —pregunto mientras enciendo un cigarro. No me gusta que una persona que bien podría tener mi edad me hable de usted, así que me pongo a la defensiva. Pienso también que nada que venga de parte de Elizabeth puede ser bueno para mí, lo que endurece aún más mi actitud.

Mariluz arruga el entrecejo y parece tomar una decisión. Me mira antes de hablar, y cuando lo hace es para pedirme un cigarro. Lo cual me sorprende ya que yo había

encendido el mío para molestarla. Había pensado que era una de esas mujeres obsesionadas con la salud y el medio ambiente. Una que odiaba a los fumadores, a los bebedores, y a los que comen carne. Enciendo un cigarro y se lo ofrezco. La veo aspirar humo profundamente. Exhala y me cuenta su historia.

Un hombre se ha estado metiendo en sus sueños. Desde más o menos un mes atrás, cada noche, cada día. Sueña con lo que sueña, siempre aparece ese hombre, que la persigue un largo rato a través de callejones y pasillos oscuros, y cuando al fin la alcanza le dice algo en un idioma que ella nunca antes ha escuchado. Al principio lo achacó al cansancio y al estrés, un simple sueño recurrente, pero entonces, una tarde, paseando por el centro de la ciudad, pegado en un poste de teléfonos, encontró un anuncio con la cara del hombre que aparecía en sus sueños y la leyenda “¿Lo ha visto?”

Me dice Mariluz Córdoba, triturando en el cenicero lo que queda de su cigarro, que sabe muy bien lo extraño que suena todo esto, que no quiere que yo piense que se trata de una loca, o de algún tipo de bromista. Es sólo que está asustada, y como Elizabeth es su mejor amiga, y ella le dijo que yo sé mucho de estas cosas pensó que no perdía nada con venir a verme...

Mariluz saca un papel de su bolso y lo pone ante mí. Es el anuncio que encontró pegado en el poste de teléfonos. En él hay un rostro, un retrato hablado, dibujado a lápiz por una mano bastante hábil. Lo reconozco de inmediato. Es *Cara de luna*.

Debajo del rostro hay una leyenda que dice: “¿Ha visto a este hombre?” Y enseguida viene un pequeño texto

que dice que a miles de personas en diferentes partes del mundo les *ha aparecido* el “lo han visto” en sueños durante las últimas semanas. Si usted también ha tenido esta experiencia , por favor póngase en contacto a los siguientes números telefónicos o escriba al siguiente correo electrónico. Viene también una dirección en Internet: alguien-lohavisto.org, que de inmediato capturo en el navegador de la computadora. En cosa de segundos se despliega en mi monitor una pantalla blanca con un menú a la derecha, y en el centro el retrato hablado de *Cara de luna*.

Siento vértigo, mi visión se nubla, y aunque el mareo pasa rápido me deja la frente perlada en sudor. Mariluz me observa preocupada, nerviosa, por primera vez noto las ojeras bajo sus ojos, supongo que duerme poco. Me pregunta si estoy bien. Hago un intento por sonreír y le digo que me deje el anuncio y un número telefónico donde pueda localizarla, necesito un día para hacer algunas averiguaciones, entonces me comunicaré con ella y le diré si puedo ayudarla. Mariluz accede, aunque parece un poco desilusionada. La acompaño hasta la puerta y nos despedimos con un apretón de manos.

De regreso a mi escritorio, frente a la computadora, observo el retrato hablado de *Cara de luna* y marco el número de teléfono donde me dijo que podía encontrarlo. Marco una y otra vez durante más de 10 minutos seguidos, en cada ocasión escucho el mismo mensaje grabado: “El número que usted marcó está fuera de servicio”.

El diseño de alguien-lohavisto.org es básico y austero, pero cuenta con una sección de noticias, un foro de discusión, galerías de dibujos y teorías. Muchas teorías.

Me asombra lo bien organizado que está, tanto que me parece sospechoso. Me llama la atención que no se use la palabra soñar. Nadie *sueña* con *Cara de luna*. Lo ven en sueños, que es muy distinto. Marco de nuevo el teléfono y me encuentro con el mismo mensaje. “El número que usted marcó esta fuera de servicio”. Vuelvo a sentir vértigo, pienso que mi viejo y aburrido mundo ha comenzado a caerse en pedazos.

03

El Olimpo es una de las cantinas más antiguas de la Ciudad, y una de las más pequeñas también. Nunca he visto más de diez parroquianos en su interior. Es barata, pero oscura, y la parte del fondo tiene un ligero y permanente olor a orines que el incienso no puede disimular. Eso sí, tras la barra hay un espejo labrado muy antiguo, y más de doscientas botellas distintas de mezcal, la especialidad de la casa. Lo que la convierte en un lugar de culto para cualquiera que guste de tales venenos.

Como toda buena cantina, El Olimpo posee una leyenda negra, una de esas que nadie puede asegurar o rebatir. Se dice que durante los años que vivió en México, William Burroughs solía venir aquí a ligar chamacos, y que el barman, quien por alguna misteriosa razón siempre se muestra solícito con Perea, lo conoció en el sentido bíblico de la palabra. Asuntos sobre los que no me interesa averiguar.

Yo ocupo la mesa del fondo, tengo ante mí un caballito con mezcal Tosalá y al lado una sudorosa cerveza negra, y veo venir a Perea, que llega con media hora de retraso. Se sienta frente a mí, saca un folder manila de entre sus ropas y lo pone sobre la mesa.

—Llegas tarde —reclamo.

—Pero te traigo un regalito —contesta, guiñándome un ojo.

Dentro del folder encuentro parte del archivo policiaco de Melquíades Orozco. Fotografías, aunque en ninguna aparece el tipo alto, calvo y de barba que conocí, en cambio el viejo aparece en todas. Perea ríe y se da una palmada sobre la pierna mientras me anuncia que necesita mojarse la garganta.

Melquíades Orozco, según el expediente de Perea, tiene sesenta y cuatro años, nació en la sierra oaxaqueña, donde fue discípulo de María Sabina y se formó como chamán. Desde hace treinta años radica en la ciudad de México, donde se ha hecho de una fiel clientela entre políticos y gente del espectáculo, todos ellos deslumbrados con la leyenda de María Sabina. Se cree que entre los servicios que prodiga está la venta de un preparado de hongos alucinógenos que lo mismo cura el cáncer, que abre las puertas de la percepción. Pero también tiene dos demandas a su nombre por estafa y robo, en las cuales no se le han podido fincar responsabilidades. Otro dato: es líder de un pequeño grupo que se hace llamar La sociedad del Divino Verbo que practica las enseñanzas de María Sabina y cuyo libro litúrgico es *El libro sagrado del lenguaje*, del que la policía no ha podido conseguir copia. Se tiene la creencia de que Melquíades está relacionado también con cosas más serias, como cultos satánicos y brujería, aunque hasta el momento no se la ha podido comprobar nada.

Perea me dice algo sobre el mezcal, dice que debería tenerle más respeto. Me pregunta si he leído a William Burroughs. *Expresso Nova* me dice, ahí está todo. No es que Perea lea mucho, pero ha leído a Burroughs, y esa es una de las razones de que sea mi aliado: para él toda in-

formación que se filtre es poca. La sociedad es perversa por definición y es bueno conspirar contra ella. Perea y yo nos conocimos en un taller de poesía. Entonces yo aún me dedicaba al periodismo cultural y escribía poemitas que por alguna razón siempre gustaban a Perea. Así fue como nos hicimos amigos y, cuando supo que me volví un figgón, más que amigos: cómplices.

Es hora de irme a casa, pienso. Llevo más de veinticuatro horas sin dormir, horas intensas e ingratas. Antes de ayer yo era un figgón cualquiera, uno más que pasa por una mala racha y espera levantarse en cualquier momento. Ahora llevo un diablito tatuado en el pecho, y a mi alrededor hay hombres que invaden los sueños de la gente, brujos, y sectas satánicas que quieren asesinarme.

Llamo al mesero y le pido la cuenta. Animo a Perea para que se tome una copa más antes de que me vaya. El barman nos mira desde la barra y sonrío. Perea le sonrío de regreso. Estos dos son unos siniestros, pienso. Tomo un taxi hasta mi casa y al llegar me derrumbo en el futón de la sala. Dormir, eso es lo que necesito.

04

Son las tres de la mañana, el pecho me arde y mi corazón se desboca, estoy sudando como un cerdo y sin pensarlo marco el teléfono de Mariluz Córdoba. Contesta de inmediato, su voz suena despierta, como si hubiera estado esperando una llamada, tal vez la mía. Cuando consigo calmarme la escucho decir que no me preocupe, que vendrá a verme de inmediato. Meto la cabeza bajo el grifo del lavabo y bebo agua directo del chorro, me mojo la cara y me miro al espejo durante el tiempo suficiente para reprocharme por haber perdido el control y haber marcado el número de esa desconocida.

¿Por qué lo hice? Culpo al alcohol y al desvelo, a las cosas que me han pasado. Pero también me digo que no debo ser tan duro conmigo, que cualquier otro también hubiera perdido el control. Reviso mi pecho, el tatuaje arde y se ha puesto de un rojo intenso. Duele al tacto. Temo que se haya infectado.

Una de las teorías más populares en alguienlohavisto.org, según las estadísticas de su propia página en Internet, es la que afirma que el fenómeno se expande como un virus. Que basta con estar expuesto una sola vez para infectarse. Hay otra teoría que dice que *Cara de luna* es un ángel que viene a advertirnos sobre el fin del mundo. Una variación de dicha teoría dice que se trata de un viajero del tiempo, pero que su misión es la misma: prevenir

el fin del mundo. Los menos dicen que es un ser de otra dimensión que intenta comunicarse con ellos. Noto que ninguna teoría está relacionada con cultos satánicos y por alguna razón me tranquiliza encontrar que el sueño que tuve no es como ninguno de los que se describen en el sitio de Internet. Aunque el sueño en sí no tenga nada de tranquilizador: Estoy vagando por el interior de un edificio enorme y deforme, tal vez una escuela, o un hospital, o un hotel. Una mezcla de ruinas y laberinto, de sombras y humedad, pero también de caminos y jardines. Un edificio lleno de habitaciones, cuartos, bodegas y pasillos inhóspitos. Algunos de esos lugares son tan oscuros, y emanan un frío tan afilado, que la piel se eriza ante la sola posibilidad de lo que pueda haber dentro. Yo avanzo y retrocedo, naufrago en busca de una salida, porque algo indefinido viene tras de mí. Algo que no se ha dejado ver aún, pero que se anuncia inminente, terrible. Así, huyendo, llego hasta una puerta. Del otro lado está *Cara de luna*. Me mira con ojos de furia y me habla con una voz que no es la suya, en una lengua extraña cuyo sonido da escalofríos. El tatuaje en mi pecho se siente como una quemadura viva y los pensamientos en mi cabeza se mezclan con tanta fuerza que me duelen los dientes. Las paredes, el piso a mi alrededor, los techos, todo comienza a ondular.

El sonido del Interfón me hace pegar un salto. Contesto y escucho la voz de Mariluz Córdoba. Avergonzado la dejo entrar, le agradezco que haya venido y pongo en sus manos una taza de café. Observo las ojeras alrededor de sus ojos, no recordaba que fueran tan grandes. Si sus sueños son como los míos... Se sienta en el futón y me mira fijamen-

te. Comienza a explicarme que fue Elizabeth quien le dio tanto la dirección de mi despacho como la de mi departamento, por eso sabe dónde vivo. Caigo en la cuenta de que es verdad, en ningún momento le he dicho dónde vivo. Me pregunta entonces si lo he visto. Y yo decido contarle todo lo que me ha pasado en los últimos días, el sueño y mi vida entera si es necesario. Al final le digo que tengo miedo, que he leído sobre los asesinatos rituales de los satanistas y que estoy horrorizado. Mariluz parece inquieta, pero me dice que de ninguna manera, que no debo temer, que no se trata de ningún culto satánico, que sabe muy bien quién es Melquíades Orozco y que lo suyo es otra cosa.

Eso es lo que me dice Mariluz Córdoba, a quien le ha bastado muy poco para ser testigo de mi derrumbe y al mismo tiempo convertirse en especialista de algo que yo no entiendo un carajo. Siento un frío que nace de mi interior y se roba mis fuerzas. El tatuaje en mi pecho arde como nunca. Me quito la camiseta y se lo muestro a Mariluz.

—Esto es lo que me hicieron —le digo—. Me iban a sacrificar y me marcaron con un diablo.

—Hermes —dice Mariluz—. Se trata del signo de Hermes, el mensajero. No es ningún diablo.

Mariluz Córdoba me pide entonces que me recueste en la cama. Ella va al baño y regresa con una toalla húmeda y una botella de agua oxigenada. De su bolso saca una inyección y una jeringa. Penicilina, me dice. Para la infección. Ahora la observo limpiando mi frente. Con algodón humedecido, Mariluz Córdoba limpia los bordes del tatuaje, presiona la piel con suavidad para que salga la pus, parece saber lo que hace.

—No sabemos qué es lo que quiere —me dice Mariluz Córdoba mientras mis ojos comienzan a cerrarse— Pero sabemos que tiene que ver con la Nomenclatura. Melquíades ha dado con algo importante, y estaban experimentándolo contigo.

En cuanto ha limpiado el tatuaje, Mariluz se pone en pie y saca de su bolso un pequeño teléfono móvil. Yo estoy semidesnudo, sobre la cama, una pesada somnolencia atenaza mis brazos. Mi visión se nubla y lo último que alcanzo a ver es cómo Mariluz toma varias fotos de mi tatuaje.

“En el Principio era el Verbo,
y el Verbo estaba con Dios
y el Verbo era Dios.”

Evangelio de Juan

“... Los orígenes de la Nomenclatura pueden rastrearse en algunos de los libros sagrados y cabalísticos que aún se conocen y se conservan.

Según *La Biblia*, y de acuerdo a la primera línea del “Evangelio de Juan”, Dios creó el mundo a partir del verbo, es decir: del lenguaje. Esta noción del lenguaje como fuerza divina es compartida por los judíos. El *Sefer Yetzirah*, uno de los dos libros principales de la Kabbalah, cuenta cómo Dios mezcló y permutó las veintidós letras del alfabeto hebreo y los diez números, o *sefirot*, dando así origen al universo mismo. De acuerdo al *Sefer Yetzirah* cada uno de estos treinta y dos símbolos (llamados en conjunto: Los treinta y dos senderos de la sabiduría) son la representación gráfica de un poder capaz de moldear el universo y definir la realidad. El ejemplo que mejor explica esto es la historia del golem: un burdo autómatas de barro cocido al que se le introducía un pergamino con el nombre de Dios, y cuyo poder animaba a la criatura. Es el mismo principio que subyace tras los conjuros y cualquier otro tipo de magia, y aunque algunos de estos conjuros

han sobrevivido al tiempo gracias al celo de algunos grandes ocultistas, el arte de modificar la naturaleza y crear a partir del lenguaje se ha mantenido estancado durante varios siglos, en los que ha sido interpretado como una metáfora, un mito fundacional que remite a la evolución de una cultura a partir de su capacidad de desarrollar un lenguaje escrito.

Otros intentos por estudiar la manipulación alfabética en un contexto filosófico y matemático más amplio se encuentran en el *Ars Magna*, de Lull, *De Occulta philosophia*, de Agripa, y el *Monas Hyeroglyphica*, de Dee. Sin embargo, no es sino hasta la aparición del *Kitab al-mukhtasar fi hisab al-yabr wa-l-muqabala*, de Al-Juarismi, y a las técnicas de integración y factorización nominal que describen, que podríamos hablar de un primer acercamiento científico a la Nomenclatura..."

Golems y códigos fuente
(fragmento, por Chiang Feng Nan)

05

Lo primero que hago tras abrir los ojos es buscar a Mariluz. La encuentro en el sofá de la sala, dormida, aferrada a su bolsa de mano. Reviso el tatuaje en mi pecho y descubro que la inflamación casi ha desaparecido, hay un poco de dolor, pero ya no hay fiebre ni signos de infección. Lo que tengo es hambre, la cabeza pesada y la boca seca. Observo el reloj, son las once de la mañana. Me pregunto si debo despertar a Mariluz. Es posible que tenga compromisos que atender, pero lo más seguro es que no sea así, y en todo caso tenemos mucho de qué hablar primero. Me intriga, por ejemplo, su amistad con Elizabeth. Quiero decir que no me imagino a alguien como Mariluz compartiendo cosas en común con Elizabeth. No me las imagino tomando un café juntas, por ejemplo.

Elizabeth siempre tuvo la ira fácil, y cuando nuestra relación estaba más desgastada, solía llamarme poeta de mierda. La explicación viene de un premio universitario de poesía que obtuve en aquel entonces y que según ella no hizo más que animar mis estúpidas ambiciones literarias, por las que terminé como reportero cultural...

Para mí no estaba tan mal. Escribía, iba a todas partes, conocía a la corte del mundillo literario, todos me querían, me regalaban libros, me emborrachaba con tinto y me atiborraba de bocadillos en los eventos. Eso sí, ganaba muy poco, pero de no haber sido por Elizabeth, que se

consideraba “una triunfadora con expectativas más altas de lo que yo jamás podría plantearme”, ni siquiera eso me hubiera molestado.

Hoy que lo pienso creo que resulta irónico haber conocido a Fernando Magaña cuando Elizabeth y yo ya habíamos terminado. No recuerdo si fue en la presentación de un libro, o en algún coctel editorial, pero sí recuerdo que bebimos, hablamos de nuestras fallidas relaciones con las mujeres e intercambiamos tarjetas. Un par de días después me llamó para pedirme un favor que sabría pagarme en oro si yo y mi cámara sabíamos cumplir con discreción. No fue nada complicado, la esposa de Magaña, una poetisa quince años más joven que él, no creía necesario ocultar su infidelidad. Yo sólo debía documentarla en fotografía y video.

Después de eso comenzó a llegarme trabajo como fisgón. Cosas sencillas: seguir a alguien y fotografiarlo. A veces se requería un poco de investigación documental, pero nada que no pudiese resolver con los servicios de Google y Perea. Al principio sólo venían conocidos de Fernando, luego se corrió la voz y los clientes fueron más de los que podía permitirme atender con mi trabajo de reportero cultural a medio tiempo. Así que me decidí a ser fisgón de tiempo completo. Me olvidé del periodismo, las presentaciones y las ferias de libros. Atendí plagios, pleitos, infidelidades, intrigas. Conocí mafias, pandillas, peces gordos, y pescaditos. Supe de amantes, prostitutas, efebos y lolitas. Conocí artistas, negros, *bestsellers*. Y debo decir a mi favor que soy bueno como alimaña, mejor aún de lo que fui como poeta. Tengo una lista de clientes que darían fe de ello con gusto.

Voy hasta la cocina y pongo a calentar agua para café. Observo a Mariluz. Su rostro es más atractivo de lo que me pareció la primera vez que la vi, incluso las ojeras, sólo consiguen resaltar sus ojos. Observo sus pies descalzos sobre el sofá, menudos, morenos, lleva pintadas las uñas de rojo. No suelen visitarme muchas mujeres. Ninguna para ser honesto. Desde lo que pasó con Elizabeth no consigo entusiasmarme lo suficiente por nadie, y resulta que ahora, en el momento más inoportuno, la sola presencia de una desconocida me altera el pulso. Me pregunto qué diría Elizabeth si supiera.

Enciendo la computadora, me digo que trabajar es bueno, que debo poner en orden mis pensamientos. Hago una búsqueda avanzada en whois.net para saber a nombre de quién está registrado el dominio de alguienlohavisto.org. El nombre que aparece es La Universidad Invisible, cuyo domicilio se encuentra en la ciudad de México. En un par de minutos GoogleMaps despliega en mi pantalla una enorme casa en la colonia Popotla. Pienso que no sería mala idea visitar el lugar en directo, incluso si el domicilio es solo una tapadera y no tiene nada que ver con la página de internet...

—El agua ya está hirviendo —me dice Mariluz, recién despierta— Se va a tirar.

Su voz me toma por sorpresa y me hace brincar en mi asiento. Mariluz ríe sincera. Es la primera vez que la veo sonreír. Me levanto, voy hasta la cocina y regreso con una taza de café demasiado caliente que le ofrezco a Mariluz. Le digo que tengo buenas noticias: he descubierto a la Universidad Invisible.

Mariluz palidece. Toma la taza de café y la pone sobre la mesa. Yo le muestro las imágenes en el monitor de mi laptop.

—Son ellos los que están tras alguien lohavisto.org —le digo.— Iré a verlos hoy mismo. ¿Vienes conmigo?

Mariluz no puede ocultar su incomodidad. Baja la vista, se muerde los labios, y entonces yo bajo la voz y, bromeando, como si acabara de enterarme de algo muy grave, le digo que al menos necesito saber en qué me estoy metiendo.

—Dime la verdad, Mariluz. ¿Quién eres? ¿En serio conoces a Elizabeth Matus?

Mariluz me mira sin pestañear, muy seria también ella. Ante todo debo saber que es mi amiga, me dice, que está de mi parte y que no debo preocuparme por la Universidad Invisible. Ellos no son el enemigo, son sólo un nombre para algo que no puede ser nombrado. De hecho, ella misma fue quien llamó a la policía para alertarlos sobre lo que Melquiades Orozco quería hacerme.

Ahí están los resultados de mi pésimo chiste, pienso mientras con cierta tristeza comprendo que debo aprovechar esta mínima ventaja.

06

Guardo silencio, he decidido no discutir mientras no tenga claro lo que está pasando. Mariluz piensa que he descubierto algo, por eso baja la guardia y se sincera conmigo, pero no quiere decir que yo le crea. No es el primer error que cometo con ella, debo ir con cuidado. El primer error fue llamarla cuando lo del sueño; el segundo, todavía más grande, ha sido confiar en ella, decirle todo lo que le he dicho. Siempre me pasa. Es parte del problema que tengo con las mujeres. Me pasmo, no sé qué hacer. Soy presa muy fácil.

Mariluz me habla de un extraño movimiento libertario al que pertenece: la Universidad Invisible, dirigido por una especie de millonario santón retirado. “El Mago es un genio”, me explica. Un exitoso programador y empresario que un día se hartó de todo. Vendió acciones, propiedades, y se retiró del mundo. “Pero no creas que se trata de un junior millonario más. El Mago es un importante activista que se dedica a la guerrilla informática, y sobre todo a la poesía: el código libre. Es un tecnopagano. Como una especie de Steve Jobs mitad chamán”.

El campus de la Universidad Invisible al que me lleva Mariluz se encuentra en un caserón colonial mucho más grande de lo que parecía en GoogleMaps. En la esquina superior derecha de la puerta principal hay una cámara de circuito cerrado, las ventanas están protegidas con herrajes negros y hay gruesas cortinas tras los cristales.

Pienso que quizá se trata de algún tipo de secta ocultista y maldigo mi suerte por enésima vez. Siempre me enamoro de las locas, me reclamo en silencio. Mariluz saca unas llaves de su bolsa y abre. Caminamos por un pasillo que nos lleva hasta la sala, allí tomamos otro pasillo, uno que atraviesa la cocina y lleva hasta un enorme patio trasero. Ante mí veo tendederos con ropa al sol y, hasta el fondo, lo que parece un pequeño huerto donde dos mujeres remueven la tierra.

—Todo esto que ves lo tenemos gracias al Mago —me dice Mariluz—. Esta es su casa. Él nos permite vivir aquí, nos ofrece este espacio, nos da equipo de cómputo, recursos, y lo más importante: nos enseña lo que significa la verdadera poesía.

—Una comuna de poetas —contesto burlón—. Qué originales.

—No somos una comuna —dice Mariluz—. Es algo mucho más grande. El Mago no tiene nada que ver con los escritores que tú conoces y tratas. Él es un poeta de verdad, su palabra es creación. Código.

Mariluz me toma de nuevo de la mano y regresamos por el pasillo al interior de la casa. Bajamos una escalera hasta un cuarto frío e iluminado por decenas de pequeñas luces intermitentes. Se trata de un site de computación. Distingo un par de gabinetes con servidores, ruteadores y demás equipo que nunca hubiera esperado encontrar aquí. Me pregunto para qué necesitará El Mago tanta potencia. Y en el centro del cuarto, como una araña pálida en su red de cables, veo a un adolescente flaco y pelirrojo con unos enormes lentes de pasta negra.

—Te presento al Mago —Me dice Mariluz, señalando al pelirrojo.

El pelirrojo ni siquiera se inmuta, continúa tecleando mientras en la pantalla se aprecian líneas y líneas de código en movimiento. Cuando se digna a mirarnos me doy cuenta de que no es ningún adolescente, como pensé al principio, sino un hombre que ronda los cuarenta.

—Entonces tú eres el golem —asevera—. Acércate. ¿Te imaginas lo que hubiera sido de ti de no ser por Mariluz? Querían convertirte en golem ¿sabes lo que es eso?

“Los antiguos judíos” —continúa el pelirrojo— “conocían el secreto para construir autómatas. Los llamaban golems. Había golems destinados a la vigilancia, a las tareas domésticas, e incluso al placer carnal. Tú ibas a ser el mensajero de alguien. Por eso el tatuaje. Nomenclatura ritual”.

En uno de los tres monitores que tiene ante sí aparece la bandeja de entrada de una cuenta de correo electrónico, en un mensaje distingo un torso masculino, desnudo, con un tatuaje en el centro. Son las fotografías que me tomó Mariluz durante la madrugada.

—¿Ves esto? —me dice. Mostrándome otra pantalla.

Se trata de un mensaje de correo que conozco muy bien porque hace un par de días, justo el día que conocí a Mariluz, me llegó a mí también. *Spam*, pensé. Me llamó la atención el que no tuviese remitente, pero sobre todo su título: *La realidad no existe, el lenguaje es un virus*.

El pelirrojo abre el correo:

7L3ZE

—Lo llamo el “*spam* de los sueños”, y aunque me tardé un poco en comprenderlo descubrí que es una variación del enoquiano, el idioma que descubrió el místico John Dee y con el que supuestamente los humanos podrían comunicarse con los ángeles —me dice el pelirrojo.

—¿Así que *Cara de luna* es un ángel? —respondo.

—Podría serlo —contesta, muy serio—. En todo caso es una criatura de otra dimensión, eso que ni qué, y no es la primera que se acerca a nuestro plano. De hecho, ahí están todo el tiempo, revoloteando como polillas. Lo interesante está en el uso de estos signos, que no son sino nomenclatura pura y dura. Sus sentencias son como ejecutables malignos.

Aquí vamos de nuevo. Mis manos sudan, siento náuseas. Me duele el pecho. Es el tatuaje. Arde. Recuerdo que llevo conmigo, en mi cartera, la tarjeta que me dejó Jabamuel.

—Mira —le digo.

El pelirrojo toma la tarjeta y la observa en silencio, se quita los lentes.

—¿Sabes lo importante que es esto? —me pregunta. Se levanta de su sillón, me abraza efusivamente. Da un par de vueltas al escritorio, se despeina, emocionado, regresa a su lugar y me dice:

Verás. En este otro monitor llevo las estadísticas de las infecciones que está generando el *spam* de los sueños. No es preciso, pero aun así sabemos que se ha vuelto viral. La cosa ha salido de México. ¿Ves estos números? Ahora mismo alguien en Australia sueña con el ángel. Ahora mira esta otra pantalla. Aquí estoy trabajando en una permutación. Estoy programando una vacuna.

Un antivirus. ¿Ves esto? —me pregunta señalando una parte de la pantalla, donde brillantes líneas de código se mueven de izquierda a derecha— Son otros programadores, la mayoría hindús, que trabajan conmigo. Los resultados que obtenemos los publicamos en alguien-lohavisto.org Laboratorio en tiempo real. En cuanto tengamos la permutación correcta... ¡boom! Entonces vamos a vacunar las cuentas de correo infectadas y en menos de veinticuatro horas... se habrán acabado los sueños. Lo tenemos todo calculado.

Su entusiasmo lo hace parecer un adolescente festejando el final de un videojuego especialmente complicado. Le digo que le deseo toda la suerte. El mareo no me ha abandonado. Me siento débil todavía, me cuesta un poco respirar. Con gestos le digo a Mariluz que me ayude a salir de allí.

—Antes de que te vayas déjame ver el tatuaje —me dice el pelirrojo, más serio que nunca.

Abro mi camisa y le muestro.

—Algunas culturas utilizaban los tatuajes como amuletos mágicos —dice el pelirrojo, con abierta admiración—. Eso que tú llevas no es un tatuaje cualquiera, es nomenclatura ritual aplicada: escribes un símbolo cargado sobre un cuerpo compatible y se activan ciertas cualidades. Pero sólo si el cuerpo las tiene. En tu caso puede que no te convirtieran en golem, pero déjame decirte que te eligieron por algo. El símbolo de Hermes tiene connotaciones muy fuertes.

La naturaleza es un libro
escrito con caracteres matemáticas

Galileo Galilei (Il Saggiatore)

"[...]No es sino hasta mediados de los años setenta que, aprovechando el desarrollo de las técnicas matemáticas y el de una nueva ciencia llamada informática, en la cual era posible crear *programas* capaces de procesar información, realizar cálculos complejos y generar reacciones desde un entorno virtual a uno físico, que el concepto de *código* se empieza a popularizar, y aunque las acepciones difieren según el contexto (la genética, la criptografía, o la programación informática, por ejemplo), el trasfondo es el mismo, una vez que se despoja a la naturaleza de sus ropajes y adornos lo que queda es código. Es decir: lenguaje.

Uno de los primeros en ver la relación que existía entre los nuevos lenguajes de programación informática y la antigua magia fue Park Mesce. Park fue pionero en el campo de los sistemas de realidad virtual y responsable de buena parte del desarrollo de la web 2.0. Influidado por el trabajo de Stephen Wolfram, para quien la naturaleza muestra un comportamiento más parecido a un programa de computadora que al de una fórmula algebraica, Mesce bautiza como Nomenclatura al estudio del potencial de las construcciones lingüísticas, y explica que existe un espacio físico y un espacio léxico, y que nombrar una cosa es en una

manera de activar ciertas cualidades latentes en ella. El ser humano experimenta la realidad a través del lenguaje "No existe un nombre único y verdadero" escribe Mesce en *Introduction to Nomenclature*, "un cuerpo puede ser compatible con distintos nombres, y cada uno de ellos potenciará determinados aspectos, que a su vez representan distintos estados del ser [...]"

Golems y códigos fuente
(fragmento, por Chiang Feng Nan)

07

Una vez que salimos del sótano Mariluz me lleva al patio trasero de la casa. Allí los colores me parecen más vivos de lo que recordaba, la luz es más fuerte y el aire más fresco. Estoy en otro mundo, pienso. Hace días que estoy en otro mundo. Mariluz me observa con preocupación. Yo estoy en cuclillas, respirando profundamente. Todo está lejos. El pecho me ha dejado de doler, pero aun palpita.

Suena el teléfono en mi bolsillo, regresándome de golpe al mundo. La voz que escucho al otro lado es la de Perea, me dice que tiene buenas noticias. Resulta que la noche anterior la policía fue a casa de Melquíades Orozco, una visita de rutina... Y que encontraron la casa cerrada con llave, el local de El divino verbo cerrado también, con candado, y ni una pista del viejo.

—Pero aquí está lo mejor —me dice Perea, con su vocecilla de ratón astuto—. Me pidieron investigar si el viejo tenía algún otro domicilio, y ¿sabes qué? Te va a encantar ser el primero en saberlo.

Tomo nota mental de los datos que me dicta Perea. Es un departamento de unidad habitacional, en Peralvillo.

—Si te apuras y lo vas a ver hoy mismo —continúa Perea—, puedes llegar a tiempo para cantarle las mañanitas. Hoy cumple sesenta y cinco años.

Llevo a Mariluz hasta el auto y le digo que ahora es mi turno, que no debe tener miedo, que si de verdad espera

que confíe en ella entonces ella debe confiar en mí. En el camino le cuento sobre la llamada que acabo de recibir, le digo que debemos buscar a Melquiades. Él es la clave de todo, y mientras no lo enfrentemos directamente seguiremos dando vueltas sin resolver nada.

—¿Y qué vas a hacer cuando estemos ahí? —Me pregunta—. ¿Qué vas a hacer cuando lo encuentres, cuando lo tengas enfrente?

Me gustaría ser un figón como los de las películas y las novelas, que siempre tienen un plan infalible, y un plan b por si falla el primero. Yo en cambio no tengo plan infalible, ni plan b, ni armas ni nada. He llegado hasta aquí por las circunstancias, primero, y por la inercia después. “Algo se me ocurrirá” Contesto.

Llegamos al Conjunto Habitacional Peralvillo, donde, según los datos de Perea, se encuentra Melquiades. Edificio 23, departamento J. Encontramos la puerta abierta. Mariluz toca el timbre y desde el umbral pregunta en voz alta por el señor Melquiades, pero nadie contesta. En el interior hay una sala pequeña y pulcra, adornada con pésimo gusto. En las paredes vemos amuletos, animales disecados, pinturas, carteles, incluso fotografías, muchas fotografías. Busco en ellas al calvo fornido y con barba de candado, pero no aparece en ninguna. Registramos el baño y la cocina. Vemos dos puertas que supongo las habitaciones. Mariluz entra a una y yo reviso la otra. Es una especie de laboratorio para brujos. Veo cirios, incensarios, más animales disecados y huesos, veo manojos de hierba, máscaras, configuraciones de piedras; veo incluso un pentagrama en el piso. Entonces, como si fuera un aviso,

vuelvo a sentir ardor en mi pecho. El tatuaje. Al mismo tiempo las dimensiones del cuarto se hacen difusas, como si me encontrara en un lugar flexible y más grande por dentro que por fuera. Las náuseas me invaden, un zumbido comienza a crecer en mi cabeza. Escucho a Mariluz gritar mi nombre, pero suena muy lejana. Ante mí veo a Melquíades Orozco, pero no el Melquíades que yo conocí: alto, calvo, fornido, sino el de las fotos del archivo: el viejo flaco y moreno que, según los datos de Perea, cumple hoy sesenta y cinco años. Está sentado frente a mí, y luce enorme en su sillón de palma tejida. Me mira divertido. En su mano derecha lleva una botella de tequila.

—Mira a quién tenemos aquí- dice burlón—. Al mensajero de los ángeles... Jajajaja. ¿Cómo has estado, criatura?

Su risa parece venir de lo más profundo de una cloaca. Sus ojos son dos pozos sin fondo. Comienza a entonar una canción en lengua extraña. Mis piernas, mis brazos, todo mi cuerpo tiembla. El mundo a mi alrededor se vuelve un caleidoscopio, un mal e incontrolable sueño. Entre el caos escucho el timbre de mi teléfono llamar desde el bolsillo de mi pantalón, escucho también una voz que me llama por mi nombre, y siento un par de manos sobre mis hombros. Es Mariluz, y aunque supongo que sólo ha pasado un momento, me parece una eternidad el tiempo que tardo en reconocerla. Me dice que El Mago lo ha conseguido, que al fin dio con la vacuna, y que la acaban de lanzar. Pone su teléfono frente a mí y en la pantalla veo unos símbolos moverse de un lado a otro: código, los símbolos del *spam* de los sueños vueltos código. Poco a poco el cuarto deja de moverse y recupera definición. Mis brazos y piernas

dejan de temblar, pero siguen demasiado débiles para sostenerme. Desde el piso, y aún atolondrado, puedo ver frente a mí a Melquiades Orozco, sentado en una silla, con su botella en la mano. Luce pequeño y encogido, más flaco de lo que recordaba, pero aún burlón.

Una visión aparece a su espalda: podría ser una mancha de tinta, una medusa, un buitre negro y enorme, aleteando amenazador. Ignoro qué clase de demonio sea, pero sin duda es uno en verdad ojete. En cuanto el viejo se da cuenta, su rostro se vuelve una mueca de espanto. La mancha negra cubre a Melquiades como si una araña gorda envolviese en su tela a un gusano arrugado. Lo último que veo antes de perder el sentido es la cara sonriente de Melquiades.

Lo que sigue es más raro aún. Me encuentro en un lugar en el que todo es luz. Frente a mí hay siete siluetas, no puedo distinguir sus contornos, ni sus caras. El más alto se acerca hasta mí, levanta uno de sus delgados miembros y toca mi frente. Entonces aparece ante mí un libro enorme, sin hojas, cuyo contenido puedo leer sin necesidad de conocer el lenguaje en el que está escrito. Cada uno de los símbolos, parecidos a los que he visto antes en el *spam* de los sueños y la tarjeta de Jabamuel, se proyectan en mi cabeza hasta que todo a mi alrededor se funde en luz.

08

Si algún día me vuelvo asiduo a una cantina, me digo mientras espero mi mezcal y la cerveza oscura que pedí, no será a El Olimpo. A menos, claro, de que me encuentre sumamente deprimido. Recuerdo la primera vez que vine, cortesía de Perea. Habíamos salido del taller de poesía y teníamos ganas de guerra. Perea, que era el mayorcito dijo que nos iba a llevar a la cantina donde William Burroughs se echaba sus mezcales cuando vivió en México. La noticia causó revuelo, aunque sólo Perea había leído a Burroughs, el resto sólo sabíamos que era un escritor maldito que había disparado a su esposa en la cabeza mientras jugaban a Guillermo Tell.

Perea llegará en cualquier momento, le he prometido un trago para pagarle los favores recibidos. Por supuesto, no pienso contarle nada sobre Melquiades Orozco. No le molestará. Es nuestra manera de hacer negocios. Por lo demás, yo mismo no alcanzo a entender. Sé que Melquiades desapareció, que Mariluz me sacó de allí como pudo, y que me llevó a mi casa. Esto último lo sé porque sobre la mesa encontré una nota escrita por Mariluz. Me pedía que la llamara en cuanto pudiera. Así lo hice. Le di las gracias por salvarme una vez más. Le dije que me vestiría y pasaría a buscarla, que llamaría a Perea para enterarme de la versión de la policía.

—Ya no hay de qué preocuparse— contestó ella—. Cara de luna no volverá a molestarte. ¡Ganamos!

No quiso decirme más, pero ya hablaríamos de ello en cuanto volviéramos a vernos.

—Pensé que nos veríamos hoy.

Estaba dolido, presentía desde ya lo que iba a pasar. Así que perdí un poco más la dignidad y le dije que para mí es importante verla, que hay muchas cosas que aún no tienen sentido, y que ella es la única persona a quien podía recurrir para darles orden. Podíamos vernos hoy mismo, en El Olimpo. Sería un encuentro de amigos que se toman un par de cervezas luego de un duro día de trabajo. También podríamos ir a cenar, y platicar con calma, sin amenazas ni misterios de por medio. Como ella quisiera. Finalmente Mariluz aceptó.

—¿Dónde queda El Olimpo?- preguntó, y prometió llegar a las ocho.

En el baño me quité la camisa y revisé el tatuaje en el espejo. Se veía diferente. La inflamación y las partes rojas habían desaparecido del todo. Sólo quedaba la tinta azulada sobre mi piel. Encendí la computadora, revisé mi correo electrónico, entré a la página de alguien lohavisto.org, incluso acudí a las redes sociales... todo estaba en su sitio.

Ahora estoy aquí, en El Olimpo, esperando. Espero a una mujer, a un amigo, un par de bebidas...

El barman se acerca hasta mi mesa con la cerveza y el mezcal en una charola. Es tan parecido y al mismo tiempo tan diferente de Perea. Por ejemplo, es alto, delgado, de cejas gruesísimas y nariz aguilina. Siempre viste una camisa blanca y un traje negro sin corbata. Se engomina el cabello y se lo peina todo para atrás. Aunque tengo al menos un par de años de conocerlo nunca antes hemos

intercambiado más de cinco palabras. Ahora se sienta frente a mí y pone las bebidas entre nosotros. Lleva también un menú plastificado.

—¿Sabes quién vivía aquí cerca en los mismos años que Burroughs? —pregunta.

—No

—Jack Kerouac, el príncipe *beatnik*. Venía con Burroughs, aunque ya sabes, tenían diferentes gustos. Kerouac era callado, se sentaba a beber y a escribir mientras Burroughs ligaba y se ponía pedo. ¿Quién lo dijera, no? Mira.

Del menú que lleva en las manos saca una vieja servilleta que pone ante mí. Veo una escritura azul, en español. Es un haiku, me dice.

—Kerouac lo escribió, y me lo dio para que lo conservara —me dice el barman—. Era un tipo adorable, y yo sé que a él le hubiera gustado que ahora tú lo tuvieses.

*Una palabra
el mundo. Una sola
palabra. Una.*

El barman se levanta de mi mesa y se aleja tras guiñarme un ojo. Como si se hubieran puesto de acuerdo, en ese momento entra Perea al Olimpo. Supongo que no debe saber nada de mi nueva adquisición, así que guardo la servilleta en el interior de mi chamarra. Me dice Perea que me nota distinto. No sabe decir porqué, en qué, pero distinto. Lo invito a pedir una copa, le digo que su infor-

mación me ha servido mucho y que es un chingón, el mejor de todos, pero no le cuento nada sobre Melquiades, no le cuento tampoco de Mariluz, que en este momento lleva ya más de una hora de retraso.

Saco el teléfono y busco el número de Mariluz entre mis contactos. Basta un movimiento para llamarla. Un simple mover un dedo para atraer su atención. Podría entonces preguntarle qué ha pasado, si tuvo algún problema, si quiere que vaya por ella en mi coche, puedo ir a donde ella me pida...

Pienso en las películas en las que el detective siempre resuelve el misterio, esas donde el villano, en el último minuto, explica su plan a un héroe casi vencido, y con ello firma su sentencia. La vida real no es así, me digo, los misterios no se resuelven, el héroe no resulta un héroe, ni se queda con la muchacha guapa, ni vence a los malos. Porque no hay malos. Ni buenos. Apago el teléfono y bebo mi mezcal de un trago, a la salud de Mariluz. Es muy posible que volvamos a vernos. Pero no hoy. Hoy tengo ante mí un inédito de Kerouac, la posibilidad de sobrevivir a una nueva borrachera, y de volver a ser, en breve, un figón solitario y sin deudas.

Epílogo

Melquiades Orozco tenía ocho años el día que soñó su muerte.

Fue más que un sueño, una visión. Una escena tan clara que pudo percibir olores, sonidos, pudo incluso sentir un intensa amargura en su boca, misma que imaginó era el sabor de su sangre mortal. Supo también que moriría viejo y a consecuencia de sus acciones, así que se convirtió en un muchacho sin miedo.

Fue por esos días también que su tía María lo inició en el misterio de los niños santos. Melquiades ya los había probado un par de veces con anterioridad, era común que de cuando en cuando algún niño del pueblo lo hiciera por accidente, después de todo había temporadas en que los hongos crecían hasta en el interior de las casas, pero que María, quien tenía sus propios hijos, tomara a Melquiades bajo su tutela era algo que nadie esperaba, y a lo que nadie tampoco se negó. Era una antigua costumbre el que los curanderos tuviesen aprendices, y si se trataba de un miembro de la familia mejor aún.

Desde sus primeros años Melquiades mostró una tendencia natural hacia el ensueño y la observación, como su madre y su tía, quienes desde niñas *hablaban* con los niños santos. Con la edad, su madre perdió el interés en ese otro mundo cuyas puertas se abrían gracias a intermediarios, en cambio su tía se convirtió en la curandera del pueblo, una mujer de conocimiento, quizá la más poderosa que haya pisado Huautla, quizá la más poderosa que hubiese pisado México. Curó enfermos que incluso la ciencia dio por desahuciados, inventó rituales, entonaba canciones desconoci-

das, y nunca cobró un solo centavo por sus servicios. La noticia fue de boca en boca por todo el mundo, y pronto hombres y mujeres llegaron desde cada rincón del planeta para adentrarse en la sierra oaxaqueña con la esperanza de conocer a la santa de los hongos. Científicos, artistas, hombres de negocios, celebridades de todo tipo la visitaban. Con ellos llegó la peste. Miles de júpis invadieron las montañas de Oaxaca en busca de una *experiencia trascendental*.

Melquíades asistió a su tía durante dieciséis años. Aprendió a identificar a los niños santos, y a preparar con ellos todo tipo de menjurje, desde infusiones hasta mezclas para fumar. Fue testigo de la corrupción que se instaló en el pueblo junto con el primer hippie. Comprobó los efectos del odio que muchos vecinos profesaban a su tía cuando quemaron su casa. Supo que había gente que la acusaba de haber hecho público un secreto muy íntimo, de prostituir algo que no le pertenecía. Gente que la culpaba de todo lo malo que pasaba en la región.

Otra cosa que Melquiades sabía muy bien era que su tía no había tenido opción. Ella también, cuando niña, soñó con su propia muerte, supo lo que habría de vivir, supo de todo el sufrimiento que habría de pasar, y supo también que sería inevitable.

Cuando Melquíades cumplió dieciocho años, María decidió hablarle de los Seres Principales.

La historia comenzaba con la madre de Melquíades, cuando era una adolescente que aún no conocía a quién sería el padre de sus hijos. Llevaba tres días en cama, víctima de una afección

que ni médicos ni curanderos habían conseguido explicar. La muchacha deliraba y gemía, no podía tragar alimentos, se encontraba tan débil y pálida que toda la familia se preparaba para lo peor, excepto su única hermana, María, segura de que los niños santos habrían de ayudarlas, comió esa misma noche, más de treinta pares, y bajo el efecto preparó un ritual.

Y sucedió que los niños santos le hablaron, y le dijeron lo que tenía que hacer para sanar a su hermana, y le enseñaron a curar con el lenguaje y el tacto, y le enseñaron a cantar. Y aparecieron frente a ella ocho Seres Principales, ni hombres ni mujeres, seres altísimos y calvos, muy blancos y resplandecientes, cuyas voces eran tan severas como dulces, y que habitaban un lugar donde ya todo había sucedido. Y le enseñaron el libro del lenguaje, el libro de la sabiduría. Pero no era un libro de papel y tinta, no era nada que pudiera asir con las manos. Sin embargo era tan alto como un ser humano, y resplandecía aún más que los mismos Seres Principales. Y María podía pasar las páginas sin moverse, y cada símbolo se grabó en su mente.

A partir de ese momento María habitó el libro del lenguaje, que era también la fuente de donde brotaban las canciones con las que curaba a la gente que la iba a ver. De ahí venía la lengua con que le hablaban los niños santos, la lengua con la que podía hablar con las plantas y los animales, y aprendió que había palabras para curar enfermedades, palabras para protegerse de los accidentes; palabras que atraían bonanza, y palabras para que otras personas hicieran cosas

en contra de su voluntad, aunque ella siempre prefirió mantenerse alejada de toda magia que implicara maldad.

—Ahora —dijo María a Melquíades—, te voy a enseñar el lenguaje. Serás mi heredero, pequeño hombre de conocimiento.

Pero no funcionó. Los Seres Principales nunca se manifestaron con Melquíades, quien durante años se preparó con verdadero esfuerzo y aun así no pudo retener una sola de las canciones que cantaba su tía, mucho menos cantarla. Melquíades era un asistente dedicado y eficiente, uno que entendía de magia y tenía ambiciones genuinas, pero era incapaz de curar un resfriado, incapaz de cantar, sobre todo incapaz de escribir un poema.

Cuando María murió Melquíades tenía veinticuatro años. Todos esperaban que ocupara el lugar de su tía y se convirtiese en el nuevo curandero. Pero él no tenía intenciones de hacerlo. Conocía las pócimas que preparaba su tía, las zonas del cuerpo que eran más sensibles a los masajes; conocía cientos de recetas que bien podrían curar bajo la tutela adecuada, pero no poseía la magia. Como a una mujer inalcanzable, soñaba con poseerla, pero nada más. Así, Melquíades tomó sus pocas pertenencias y se largó a la ciudad de Oaxaca.

Por un tiempo Melquíades sacó provecho de su fama como único asistente de María, aunque pronto fue señalado como oportunista. "La chamana no tuvo asistentes ni aprendices", decían los que la habían canonizado, sin importar que muchos de ellos fueran los mismos que años atrás la acusaran de traidora.

Melquíades emigró a la ciudad de México, donde sobrevivió algunos años gracias a la venta clandestina de marihuana y hongos. Rentaba un departamentito de unidad habitacional en Peralvillo, ahí pasaba la mayor parte del tiempo destruyéndose, sintiendo pena de sí mismo. Acababa de cumplir treinta y cinco años, y, lo sabía, era un fracaso como hombre y como curandero, era un alcohólico, un drogadicto, un desempleado... Pero entonces, como si hubiera estado a la caza del momento ideal, uno de los Seres Principales se apareció en los sueños de Melquíades para proponerle un trato. Su nombre era Jabamuel, dijo, y estaba dispuesto a enseñarle a usar el lenguaje a cambio de que Melquíades lo ayudase a llegar a los sueños de la gente.

Melquíades aceptó, aunque dijo que necesitaría tiempo, que no era tan fácil llegar a los sueños ajenos, que primero tendría que reponerse y limpiar su reputación, sólo así podría ser de nueva cuenta un curandero y ganarse la confianza de la gente. Jabamuel estuvo de acuerdo, y acercó su boca al oído de Melquíades. Declamó un poema, uno cuyas palabras eran descargas de un poder desconocido.

Aquello era el lenguaje.

—Volveré —dijo Jabamuel, y a partir de ese momento Melquíades pudo hacer magia.

Diez años más tarde Jabamuel apareció en los sueños de Melquíades, quien no sólo había limpiado su reputación sino que la había fortalecido gracias a un productor de televisión a quien conoció durante los tiempos en que era asistente de María. Gracias a él, y a sus contactos, Mel-

quíades encontró un nicho ideal entre las personalidades de la televisión, pero se vio tan ocupado en construir sus relaciones que en ningún momento se acordó del compromiso con Jabamuel, quien sin embargo se mostró comprensivo.

Antes de desaparecer Jabamuel declamó un nuevo poema ante los privilegiados oídos de Melquíades, uno que hizo que su cerebro experimentara sensaciones para las que hasta antes de ese momento no había palabras. Era un nuevo asomo al lenguaje.

Esa noche, tras la visita de Jabamuel, Melquíades volvió a soñar con el día de su muerte, y esta vez la escena fue mucho más clara. No sólo pudo percibir olores, escuchar sonidos, probar sabores, supo también que habría de morir justo el día que cumpliera sesenta y cinco años, y que un Ser Principal sería su ejecutor. Y aunque no se reveló el motivo supo instintivamente que tendría que ver con sus propias acciones, así que de nuevo se sintió invencible, audaz, temerario. ¿A qué otra cosa puede temer el hombre que conoce la fecha y el motivo real de su muerte?

Pasaron de nuevo diez años, durante los cuales Melquíades se convirtió en uno de los chamanes más populares y buscados del país, sus clientes, o sus seguidores, como a él le gustaba decir, eran gente adinerada, famosos muchos de ellos: actores y actrices, cantantes, deportistas, políticos y empresarios. Desgraciadamente había sido incapaz de que al menos uno de ellos soñara con Jabamuel. Podía interpretar los sueños, analizarlos diez veces mejor que un psicoanalista, pero no podía provocarlos, ni guiarlos. Así que

cuando Jabamuel se presentó de nuevo y supo que Melquíades no había cumplido su parte del trato, se mostró disgustado, su voz fue un trueno, sus ojos hogueras.

—Te ofrezco una última oportunidad. Ni un plazo más —dijo el Ser Principal, y antes de irse miró fijamente a Melquíades, acercó los labios a su oído y esta vez no fue un poema lo que entonó, sino una palabra extraña, una que resonó en lo más profundo de Melquíades, una cuyo sonido era *tzim tzum tzim*, y que los cabalistas han interpretado como el sonido que hace Dios al contraerse.

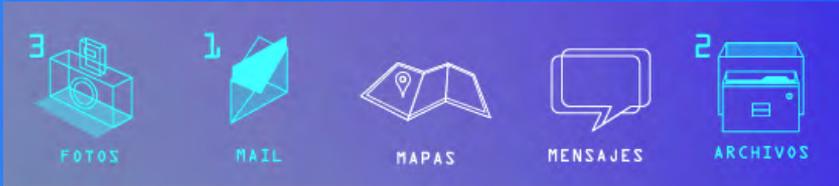
El cerebro de Melquíades fue un cielo lleno de fuegos artificiales, fue como si pudiese contemplar al mismo tiempo todas las constelaciones del universo, todas las estrellas fugaces, las cometas, los eclipses, las auroras boreales del pasado y el futuro. Entonces supo lo que debía hacer para que Jabamuel pudiese entrar a los sueños de la gente, y sintió miedo por primera vez, porque también por primera vez le parecía saber qué era lo buscaba ese supuesto Ser Principal. Quería encarnarse. Y para ello necesitaba cruzar a este mundo a través del sueño.

Melquiades tenía cincuenta y cinco años, y sabía que moriría a manos de Jabamuel cuando cumpliera sesenta y cinco años. Era algo que había sabido desde pequeño. Más le valía disfrutar los diez años de vida que le quedaban. Después de todo, y pasara lo que fuera a pasar, era algo que ya estaba escrito.

Tatuaje es un proyecto concebido para ser leído en la Web. Una novela policiaca en Internet, cuya trama se desvela a través de claves y pistas que da la amplia posibilidad hipermedial.

tatuaje.centroculturadigital.mx

Tatuaje se elaboró a partir de un laboratorio variopinto integrado por un escritor (Rodolfo J.M.) un programador (Leonardo Aranda) y un director de arte (César Moheño). Durante meses este equipo y las editoras (Mónica Nepote/Ximena Atristain) nos reunimos a pensar qué historia contaríamos y cómo la contaríamos.



TATUAJE 13:20:14 | Sesión | about

RECORRER **EXPLORADOR**

MAR/28 23:48 **MIE/28 18:24**

Llegó a la oficina desde temprano y lo primero que hizo fue revisar el correo electrónico. Nada nuevo, pero había un correo **SIN REVISITADO** cuyo título decía: La realidad no existe, el lenguaje es un virus. En su interior sólo había unos cuantos signos raros, parecidos a los que venían en la tarjeta del Cara de luna. Recibió una llamada de PEREJA con los datos que le pedí.

Por la tarde recibí una visita inesperada: Una mujer joven que dijo llamarse MARILUZ CORDOBA e ir de parte de ELIZABETH MATUS. La dejó pasar sin saber qué esperar de ella, pero dispuesto a saberlo todo. Lucía nerviosa. Me dijo que tenía un problema y que Elizabeth le había dicho que tal vez yo la podría ayudar.

El problema es este: Un hombre se ha estado metiendo en sus sueños. Desde más o menos un mes atrás, cada noche, sueña con lo que sufre, siempre aparece ese hombre, que le persigue un largo rato y cuando al fin la alcanza le dice algo en un idioma que ella nunca antes ha escuchado. Al principio lo achacó al cansancio y al estrés, pero entonces, una tarde, paseando por el centro de la ciudad, rodeado en un poste de teléfonos, encontró un **ANUNCIO CON LA CARA DEL HOMBRE** que aparecía en sus sueños y la leyenda "¿lo ha visto?"

Me dice Mariluz Córdoba, que no quiere que yo piense que se trata de una loca, o de algún tipo de bromista. Es sólo que está asustada, y como Elizabeth es su mejor amiga, y ella le dijo que un día alguien de esas cosas necesitó que yo me metiera, nada más.

FOTOS **MAIL** **MAPAS** **MENSAJES** **ARCHIVOS**

BANDEJA DE ENTRADA	ASUNTO	FECHA	HORA
NO REPLY	LA REALIDAD NO EXISTE- EL LENGUAJE ES UN VIRUS	26 OCTUBRE	09:30 AM
JABAMEL	VISITA	25 OCTUBRE	11:30 PM
ELIZABETH MATUS	REF: SUEÑO	14 OCTUBRE	10:00 PM

7L038E

FOTOS **MAIL** **MAPAS** **MENSAJES** **ARCHIVOS**

1 | HOMBRE | 25 OCTUBRE | 10:14 PM

TATUAJE 13:29:34 | Sesión | about

RECORRER **EXPLORADOR**

MAR/28 23:48 **MIE/28 18:24** **JUE/27 04:48** **MIE/27 11:22** **VIE/26 12:00** **VIE/26 14:00** **SÁB/26 24:07**

vernos. Más que pedir, le rogué que nos viéramos esa noche. Sería un encuentro de amigos, podía acompañarme al Olimpo. Nos tomaríamos un par de cervezas en compañía de Pera y después iríamos a cenar, a platicar, con calma, sin amenazas ni misterios de por medio. Finalmente accedió, le di la dirección del Olimpo y nos despedimos. En cuanto terminé de hablar con ella fui al baño, me miré la camisa y me observé en el espejo, observé **EL TATUAJE**. Lucía tan diferente. La inflamación y las partes rojas habían desaparecido del todo. Sólo quedaba la tinta azulada sobre mi piel, aunque al tacto se sentía extraño, como si hubiese un ligero relieve.

Por la noche, en el Olimpo, me encontré con PEREJA. Soporté sus bromas de siempre, y lo vi pedir un trío afro, cabalitos de música. Me dijo que me notaba distinto. No supe decir en qué, pero distinto. Sí. Pasó media hora, una hora, y Mariluz no llegaba. Por un momento consideré marcarle a su teléfono, preguntarle qué había pasado, si había tenido algún problema, si quería que fuera a recogerla a la Universidad Invisible, pero decidí no hacerlo. Tal vez mañana lo intentaré de nuevo, pero no hoy. **PCP: UNA CERVEZA OSCURA** y recorde las películas en las que el detective siempre resuelve el misterio, o en las que el villano, en el último minuto, explica todo su plan a un héroe casi vencido y con ello firma su sentencia. La vida real no es así, me dije, los misterios no siempre se resuelven, el héroe no siempre es un héroe ni se queda con la muchacha guapa. El villano tal vez no fuera villano, no lo sé. Todo lo que quería en ese momento era emborracharme y volver a ser un fagón solitario capaz de pagar la renta.

FOTOS **MAIL** **MAPAS** **MENSAJES** **ARCHIVOS**

PISTAS

T.P. JabameL

El divino verbo

¿lo ha visto?

FOTOS **MAIL** **MAPAS** **MENSAJES** **ARCHIVOS**

2 | HOMBRE | 25 OCTUBRE | 10:14 PM

2 | PEREJA | VIERNES 7 | 09:14 AM

El mundo de Tatuaje experimenta con las plataformas, la forma en que navegamos y reconstruimos, la forma en que las capas múltiples de lectura y decodificación integran nuestro lenguaje hipermedial.

El escritor hizo un esquema narrativo que fungió como estructura base. A partir de esto, siguió la parte más complicada: decidir la interfaz para definir el rumbo y el cauce de la historia. Teníamos una característica clave en el personaje principal: Rolo se describe a sí mismo como un fisgón profesional. El espionaje o la figura del espía, el desciframiento de pistas para reconstruir una historia: esas eran las claves para la interfaz (diseñada por Gabriela Gordillo)

Tus Problemas Tienen Solución
EL DIVINO VERBO
 "Pociones, recetas, curas, amuletos. Lo que sólo usted necesita".
 Negocios. Aleja para Siempre tus Enemigos Ocultos.



CARTAS * TAROT
 de Lunes a Domingo de 9 a 20 hrs.

RESULTADOS 100% EFECTIVOS
Sr Melquiades
15-3623-7913

LINEA FIJA **4585-5323** / **624*3042**
 CONSULTA POR TELEFONO
 VOLANTE ENTREGADO EN MANO. NO APROPIAR EN LA VÍA PÚBLICA. LEY 200.
 Calzada México-Tacuba #62 Int 1, Col. Tacuba, Ciudad de México

N° 852962

POLICIA FEDERAL FICHA DE DOCUMENTACIÓN

M1164-2686Y NOMBRE Melquiades Gustavo Zedillo Fecha de Nacimiento 14 de Mayo 1942
 Lugar de Nacimiento Huixtla de Oaxaca



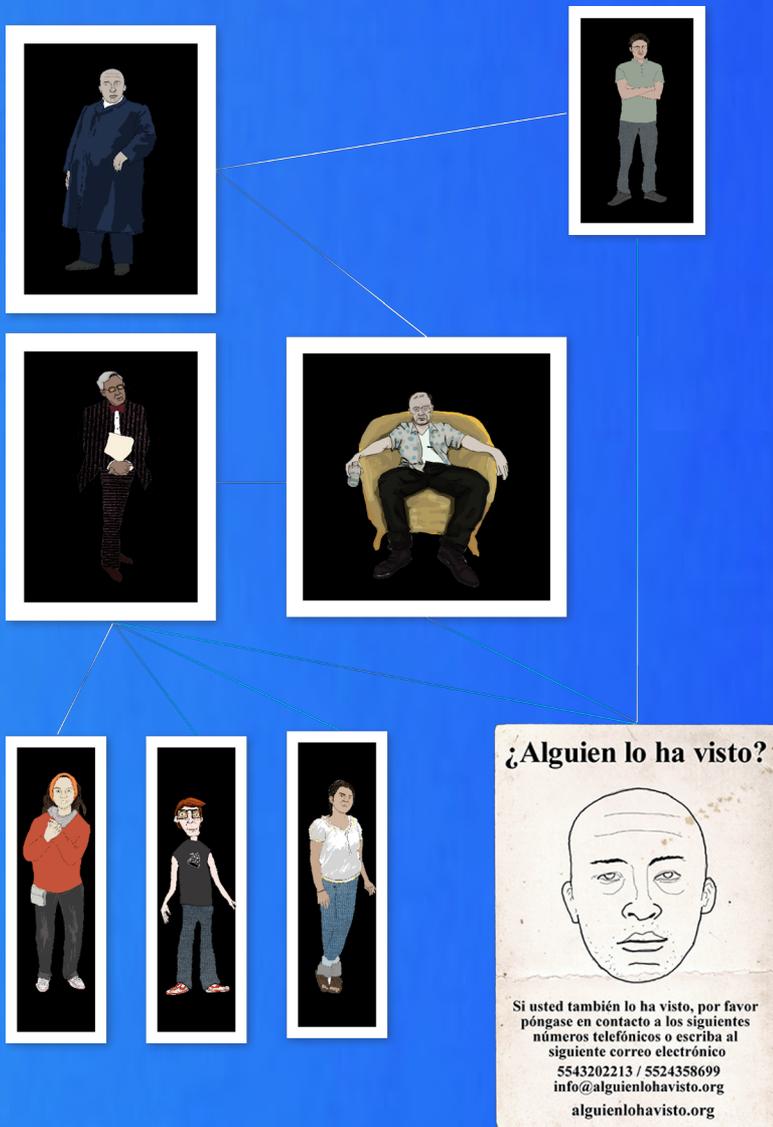
OBSERVACIONES
 Se dice que fue el hermano de María Sabina, quien lo llevó como chudá. Desde joven creció rodeado por los hechizos de María Sabina, desde que lo hecho de una faja. Creció en una población y pronto dejó de ir a la escuela, para irse del lugar con la hermana de María Sabina, con quien que vivió los primeros que pasaban más la vida de un preparador de algunos tipos de magia que la magia "real" o "clásica", que abren las puertas de la psicología, en líneas de un pequeño grupo que se hizo llamar la "Asociación del Divino Verbo" que generó la enseñanza de María Sabina y cuyo libro litográfico es "El Libro Sagrado del Lemniscato", así que la policía no lo perdió de vista, copia de libro la custodia de que Melquiades está relacionado con los que usan sus artes como curas, magos, hechiceros y brujas, aunque hasta el momento no se lo ha podido comprobar nada.

ANTECEDENTES
 Dos similitud a su nombre por magia y robo, en los cuales no se le ha podido fijar responsabilidad.

278

Jabamuel
 5515221234

Los personajes estaban ahí a disposición de nuestro animador: Carlos Gamboa; un equipo integrado por actores y animadores participó en la filmación de los videos que Gamboa usó como base para hacer la animación en rotoscopio.



El tema de Tatuaje es el misterio del lenguaje: el lenguaje de programación, el lenguaje de la narratividad, cómo escribimos las historias, cómo reescribimos las historias, cómo completamos los eslabones de la cadena, cómo Internet se ha vuelto parte de nuestra estética y no sólo eso, sino cómo forma parte de nuestra vida.



ELIZABETH 8 OCTUBRE 2014 12:05 AM
Tengo aquí dos cajas más de libros tuyos. Tienes hasta el próximo lunes para venir por ellos. O los tiro a la basura. Tú dime

ROLO 8 OCTUBRE 2014 12:10 AM
Paso por ellos mañana ¿está bien a las 8 de la noche?

Ɽ 7 7 Ɽ Ω Ɽ Ɽ 7 1 3 7

7 7 8

Qué mejor entonces que inventar un sistema operativo que almacene correos, que tenga a disposición los archivos personales de Rolo, llamadas telefónicas, incluso los sueños atravesados por la estética del glitch, finalmente la narrativa permite toda posibilidad, hasta la mirada nostálgica a la estética del internet de los años 90 presente en el micrositio:

alguienlohavisto.org

